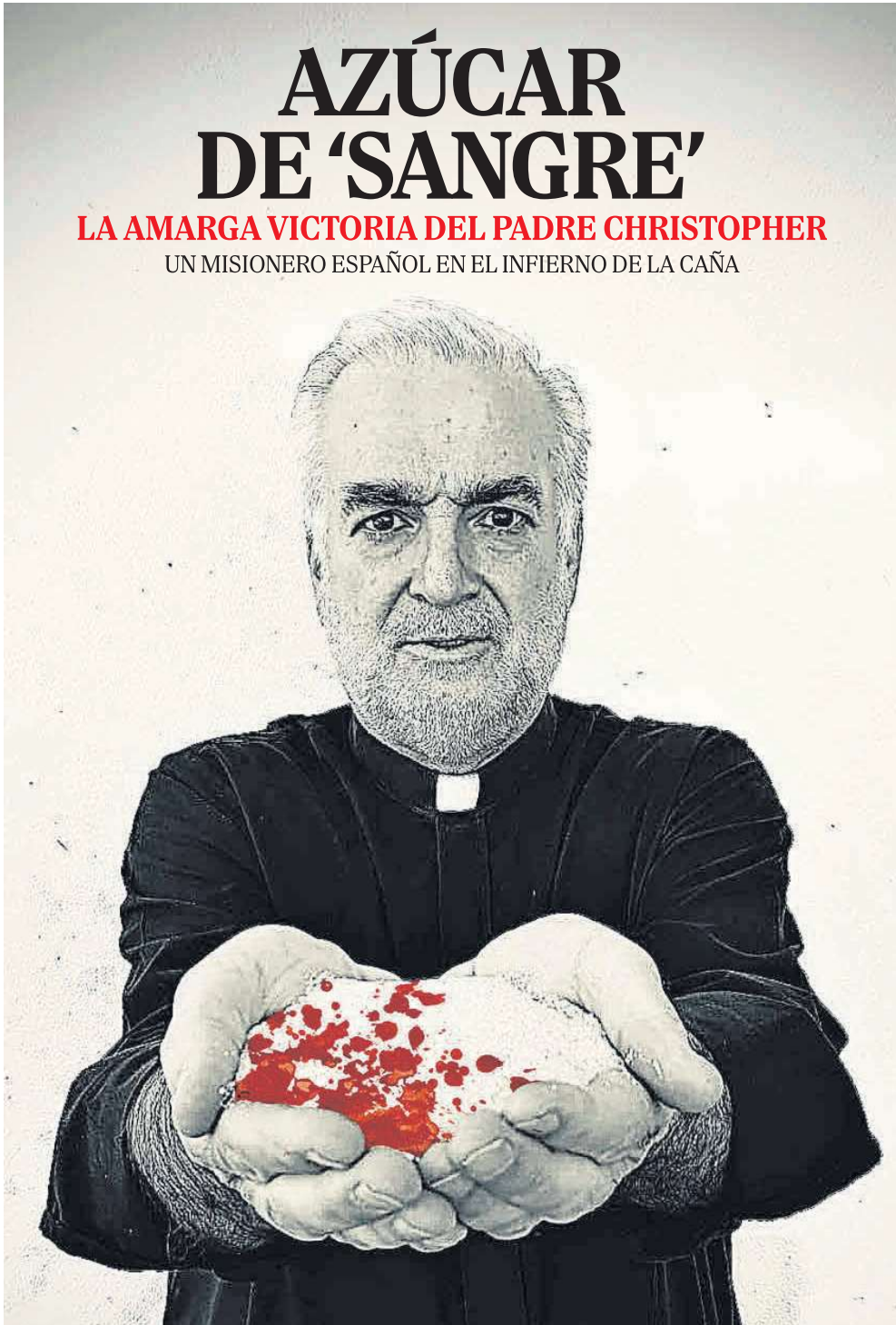


AZÚCAR DE 'SANGRE'

LA AMARGA VICTORIA DEL PADRE CHRISTOPHER

UN MISIONERO ESPAÑOL EN EL INFIERNO DE LA CAÑA



CRÓNICA EL MUNDO DE DOMINGO 05 MARZO DE 2023

CRÓNICA

EN EL CORAZÓN (ENORME) DEL MEJOR HOSPITAL DE ESPAÑA, LA PAZ. UN MILAGRO P.10

Recreación, sobre la foto del Padre Christopher, del azúcar de sangre. ULISES CULEBRO / CRÓNICA / EL MUNDO

CRÓNICA

20 años de 'Un cura en el infierno'

Dos décadas exactas separan su primera denuncia internacional contra la esclavitud de la caña, que fue portada de 'Crónica', de la prohibición ahora de la importación en EEUU del azúcar 'de sangre' de aquellas mismas plantaciones de donde el sacerdote español Christopher Hartley Sartorius, hoy misionero en África, fue expulsado. "Juré a Dios que daría hasta la última gota de mi sangre y de mi vida por ayudar a las personas a las que me veía obligado a abandonar", dice y no olvida aquel momento. Su lucha continúa. Denuncia que las grandes compañías están haciendo trampas para meter mercancía en EEUU. Y pide a Bonsucro, etiqueta de comercio justo, que no sea coartada para la venta del azúcar manchada de los Vicini, quienes desencadenaron su persecución

Por **Ildefonso Olmedo**

Hay un lugar en la esquina más dulce e infernal de República Dominicana por el que se accedía, y aún ocurre, a otro mundo. «La puerta de tubo», dice Christopher Hartley Sartorius que la llaman. Conduce a inmensos cañaverales, bateyes e ingenios (fábricas), propiedad todo de la poderosa familia Vicini, de donde, pese a todo, sigue saliendo el dulce para refrescos de medio mundo, especialmente EEUU. Transcurría el año 1997 cuando el padre Sartorius, recién enterrada su admirada y amiga Teresa de Calcuta, la religiosa que le puso en el camino de los pobres de la tierra, cruzó esa puerta por vez primera. Iniciaba un viaje que aún hoy no ha terminado. Tenía 38 años y, en el nombre de su Dios, abrazó hasta casi abrazarse una causa «perdida» en favor de los cortadores y picadores de caña haitianos, parias entre los pobres.

Por su cruzada fue expulsado del país y crucificado. Terminó en el África del hambre

y aún hoy, cuando se recupera de una accidente en la misión de Sudán, siente por sus entrañas el hormigueo que produce la sensación de haber ganado una batalla imposible contra los poderosos de la faz de la tierra. O casi. Esta es su historia: la amarga victoria de CHS, un hombre de Dios en el infierno de la caña. Por su afán, el 23 de noviembre de 2022, EEUU (el Departamento de Aduanas y Fronteras) decidió cerrar sus puertas a la importación de azúcar de la Central Romana Corporativa ante la vulneración continuada de derechos humanos y laborales de los braceros haitianos en las plantaciones dominicanas, lo que incluía, no sólo las explotaciones de la familia Panjul, dueña de Central Romana, sino también las de los Vicini y los Campollo, multimillonarios guatemaltecos.

Pero poderoso caballero es don dinero. Los Vicini han encontrado la manera de burlar el portazo. Y más aún, denuncian el religioso y el Instituto Clarkson-Montesinos con el que trabaja, han logrado continuar con «el tráfico clandestino

de miles de toneladas de azúcar hacia los Estados Unidos procesadas por la Central Romana Corporation, de los hermanos Panjul, a través de la empresa propiedad de los hermanos Vicini», «sorteando así ilegalmente» el veto vigente en EEUU a la entrada en su territorio del azúcar de Central Romana. De ahí la amargura en la victoria de Christopher. Y su convicción, aún ahora que se ven lejanas sus enardecidas cartas desde la misión, de que siempre sigue siendo Viernes Santo en el cañaveral.

[Cae la noche sobre los cocoteros y se oyen los últimos cantos de los pájaros y los gallos de pelea. El colibrí ya no vuela. En el porche del barracón, sobre unas brasas, calienta un caldero ennegrecido por la miseria. Los oscuros hombres, derrotados por un día más de extenuante faena, se arremolinan inquietos. Hablan entre sí en creole, la lengua de los haitianos. Uno de ellos, en inglés, se dirige al cura que les visita para saber si les han entregado colchones donde dormir. Después ya sólo caben las preguntas, pero nadie se atreve a romper la

ley del silencio. Nadie ha visto, nadie ha oído. «Sí, padre, fue el guarda campestre del batey de Contador. Los cazó cuando intentaban huir. Les golpeó con el machete ahí, en ese barracón... Serían las cinco de la madrugada, aún no había amanecido. Dice que no les puede dejar escapar, que los jefes pagan demasiado por cada cabeza», confiesa finalmente un paisano que vence el miedo. Habla de seres humanos, no de ganado. Las explicaciones terminan de sacar de quicio a Christopher Hartley Sartorius]. El Padre le llaman todos. El nuevo Bartolomé de las Casas.

Fue este arranque de reportaje, que Crónica llevó a su portada el 5 de enero de 2003 con el título *Un cura en el infierno*, el que casi musitaba iracundo el todopoderoso Juan Bautista Vicini el día que declaró abiertas las hostilidades contra el sacerdote español.

La iglesia y la familia propietaria de gran parte de los campos de caña y los ingenios dominicanos habían iniciado una serie de reuniones después de que el religioso español osara, en una visita a los bateyes donde vivían los cortadores haitianos de caña en enero 2000, dirigirse al presidente del país con estas encendidas palabras: «Señor presidente, está usted en la antesala del infierno».

Aquella otra mañana, tres años después, en la que arrancó la guerra sin cuartel contra el misionero, la de la última reunión de la iglesia y los dueños de todo, llegó como un mihura el hijo de don Gianni Vicini, Juan Bautista (el otro hijo se llama Felipe). De pie y con rostro descompuesto, sin mediar saludo alguno, se encará con el padre Hartley que estaba sentado. Juan Bautista, con una copia del artículo de EL MUNDO en la mano azotando el aire, le espetó delante del obispo, allí presente: «El problema de usted, padre, es que lo que quiere es hacerse famoso a costa de los pobres». Alo que Hartley, sobrino de Nicolás Sartorius, fundador del PCE, le respondió: «Yo no sé si me habré hecho famoso a costa de los pobres, de lo que sí estoy seguro es que tú a costa de los pobres te has hecho inmensamente rico». Fue la última vez en la que conversaron y se vieron las caras, de eso hace ahora exactamente 20 años.

LAS MULTIPLICACIONES DE LAS DENUNCIAS

Tras la denuncia primigenia («seminal», dice Christopher) de EL MUNDO, brotaron por todo el orbe reportajes internacionales (el *pulitzer* Gerardo Reyes los firmó en el *Nuevo Herald de Miami*); documentales (*The sugar babies*, *The pri-*

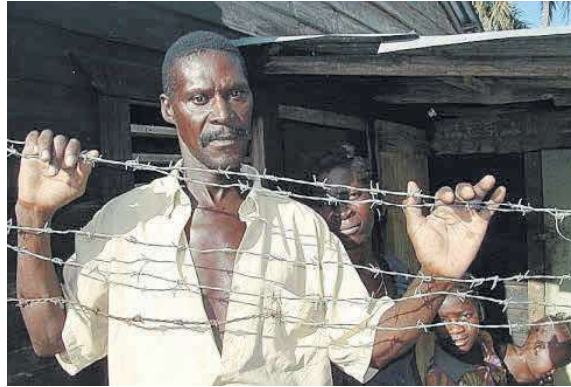


ce of sugar, *Inferno di zucche-ro...*) y libros (*En el pulpito de la miseria*, escribe para La Esfera de los libros Joana Socías). Hasta el Departamento de Estado de los EEUU mencionó extensamente los abusos de los Vicini sobre sus braceros y picadores de caña en su informe anual sobre DDHH en las plantaciones de caña de azúcar de los consorcios azucareros de la RD, fruto de las visitas sobre el terreno a dichas plantaciones por parte de miembros de la Embajada de EEUU en Santo Domingo.

En 2005 la furia de la familia Vicini contra el Padre Hartley, «un simple cura de pueblo», y sus colaboradores llegó a tal paroxismo que incluso contrataron por un precio millonario

los servicios de «un personaje de muy dudosa reputación», de origen argentino y afincado en Miami Beach, Sergio Roitberg, y su consultoría de relaciones públicas Newlink. Fue él el encargado de diseñar la estrategia para difamar y calumniar al misionero, de modo que fuera expulsado de la República Dominicana.

Satisfacciones y derrotas menores del misionero español se suceden encadenadas hasta que, sólo tres años después de aquella declaración de guerra, en octubre, Sartorius es expulsado del país. El poder de los hacendados y la cobardía de la Iglesia le hicieron hacer las maletas en su parroquia de San José de los Llanos, a donde llegó en 1997 tras larga ex-



“Diga allá, en España, que el azúcar aquí no es dulce sino amargo. Tampoco es blanco, porque tiene el color de la sangre vertida por tantos braceros”, le dijo un pobre cortador de caña al misionero

Fue expulsado del país en 2006, y no ha podido volver desde entonces

perencia en el Bronx y Manhattan. No ha vuelto a poner el pie en el país, pero no ha dejado de estar siempre allí. Decenas de ojos y manos le reportan sin cesar. Su última obra, enardecido por la prohibición de EEUU a una parte del azúcar dominicano, es una auditoría actualizada de sus «esclavos en el paraíso» en los bateyes de la familia Vicini. Tiene dinamita.

«Cuando el 6 de octubre de 2006 pasé por última vez por delante de la puerta de tubo, y miré a la derecha mientras el vehículo iba hacia Santo Domingo, vi los cañaverales de la familia Vicini... Pensé dos cosas: me acordé de la canción *Pescador de hombres*, que tiene un verso que dice: *junto a ti buscaré otro mar en algún sitio del*

mundo, no sé ahora mismo dónde... Habrá más pobres donde pueda seguir ejerciendo mi labor de pescador... Lo otro que pensé, al ver cómo caía el sol sobre los plumones de la caña florecida, camino del aeropuerto internacional de las Américas con billete sólo de ida a España, fue en un juramento: juré a Dios que daría hasta la última gota de mi sangre y de mi vida por ayudar a las personas que me veía obligado a abandonar. Haría lo imposible para que algún día pudiera amanecer la hora de la justicia sobre los cañaverales de los Vicini en la parroquia de San José de los Llanos...».

Expulsado de su paraíso/infierno, el hijo de un inglés y una española se convirtió en

el altavoz de los esclavos allí donde era convocado. En 2007, en París, en la Sorbona, en una conferencia internacional sobre la dramática situación de los picadores de caña titulada *Azúcar, Sangre y Sudor*, Hartley hizo recuento público de los abusos más flagrantes que en aquel tiempo tenían lugar en las plantaciones de las familias Fanjul (en Romana), Vicini (en San Pedro de Macorís) y de los guatemaltecos Campollo (en Barahona), las tres grandes de la industria azucarera dominicana. Al final de las sesiones, se proyectaron los documentales: *The Price of Sugar*, de Bill Haney, y *The Sugar Babies*, de Amy Serrano.

Tres años después de su des-

tierno, en 2009, llegó la *crucifixión* política del Padre. La presión sobre la industria azucarera llegó a tales extremos que los tres consorcios hubieron de recurrir al gobierno dominicano. Así, el Congreso de la República Dominicana escribió una extensa carta al nuncio de Su Santidad en Santo Domingo exigiendo a las más altas autoridades de la Iglesia Católica que silenciara y sancionara al Padre Hartley, dado que sus acciones estaban dañando los intereses económicos del país y, supuestamente, ensuciando su buen nombre (con el consiguiente alejamiento de grandes inversores y la huida de millones de turistas). Las calumnias vertidas contra el padre Hartley,

que llegó a estar amenazado de muerte cuando seguía entre los cañaverales, no surtieron ningún efecto en las altas instancias de la curia romana.

En 2009-2010 el padre Hartley consiguió, con sus denuncias e informes, que el entonces Better Sugarcane Initiative (BSI), que andando el tiempo habría de convertirse en BONSUCRO, organización de comercio justo, expulsara de sus filas a las tres familias azucareras más poderosas de la República Dominicana: Fanjul, Vicini y Campollo, ante su negativa a ser auditadas por una institución independiente.

Pese a la distancia de su expatriación, Christopher HS sigue cruzando, por lejos que esté (en España o Etiopía, su primera misión en África) la *puerta de tubo*... «No os podéis imaginar cuánto bien hizo aquel reportaje»:

[Un cura en el Infierno: Hay que meterse cañaveral adentro para oír las verdades. En sus cánticos en las plantaciones, los haitianos que cortan la caña para la potente industria azucarera de República Dominicana entonan en creole la historia de sus lamentos. Mocha en mano, cantan que van y vienen, que la inhumana zafra (cosecha de la caña) ayuda a que no mueran de hambre los familiares que dejaron en Haití, que si la muerte les llegara entre los cañaverales, Dios les acogería en el cielo. Cuando ellos callan, la caña cuenta su larga historia de esclavitudes.

«Vine de Haití en 1983 en un camión porque me dijeron que me pagarían 200 pesos por cada viaje de caña. Me engañaron para siempre. Allí dejé a mi primera mujer y un trabajo en una ferretería. Es hoy y no pagan más que 40 pesos (unos dos euros) por cada tonelada cortada». Ahora [era entonces el año 2003] Simón tiene 35 años y se siente un viejo. A su lado está Juancito Chan, 41 años y también habitante de uno de los bateyes del ingenio Boca Chica que hasta 2000 pertenecía al Consejo Estatal del Azúcar (CEA). «Crucé la frontera para trabajar y no gané para volver», resume. En sus palabras asoma el eco de la novela *Over*, publicada en los años 40 por el escritor dominicano Ramón Marro Arísty: «Todas las mañanas, antes de salir el sol, desfilan la turba harapienta, maloliente —con un hambre que no se le aparta jamás— camino del corte, como una procesión de seres sin alma... Veo sus siluetas y los golpes de sus mochilas me encienden la angustia. ¿Hasta cuándo los hombres vivirán como bestias?».

Se oye el crujir de la caña, el

SIGUE EN PÁGINA 4

CRÓNICA

VIENE DE PÁGINA 3

grito del mayordomo despertando a los haitianos para que amanezcan con el sol en pleno tajo, el murmullo de los vagones que llevan la cosecha hasta los ingenios (fábricas) para la molienda, las voces ásperas de los capataces de pistola al cinto montados a caballo, el viejo quejío de denuncia de las sociedades antiesclavistas y de derechos humanos.]

En diciembre de 2012 el Padre Hartley, a través del Instituto Clarkson-Montesinos, había presentado una denuncia formal al Departamento de Trabajo de los Estados Unidos (USDOL, por sus siglas en inglés) que fue formalmente recogida en el Federal Registrar (el equivalente al Boletín Oficial del Estado), por considerar USDOL que gozaba de méritos y pruebas suficientes. Andando el tiempo, el Departamento de Trabajo realizaría hasta siete visitas y revisiones periódicas a las plantaciones y bateyes.

Una década después de aquella primera denuncia en USA, el 13 de enero de 2022, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos publicó una carta dirigida a las más altas autoridades del Departamento de Trabajo (USDOL), al Departamento de Seguridad Nacional (DHS), al Secretario de Comercio (USTR) y al Secretario de Fronteras (CBP) de los EEUU. La razón de dicha carta era muy clara: habían detectado que las denuncias del padre Christopher Hartley, recogidas en el Informe de 2013 del Departamento de Trabajo, no habían sido atendidas. Esto había permitido que la República Dominicana siguiera gozando, con impunidad, de la cuota preferencial americana más alta, siendo uno de los mayores exportadores de azúcar del mundo a los EEUU. «Azúcar sembrada y cosechada en las más flagrantes condiciones de abusos a los trabajadores».

Se acercaba el momento de la gran victoria, que aún hoy amarguea por un episodio, o treta, protagonizado por los Vicini. A pesar de haber sido expulsados de BONSUCRO en 2010 y haberseles denegado la entrada en diversas ocasiones, el Consorcio Vicini (CAEI) de manera subrepticia logró entrar en dicha organización de comercio justo en 2015. Desde entonces han proclamado a los cuatro vientos dicha pertenencia como arma publicitaria.

Es mucho lo conseguido y más aún lo que queda por lograr. Recapitula en voz alta Sartorius: «¿Cuándo hubiesen visitado conjuntamente las plantaciones de la familia Vicini tres embajadores, co-



Ahora es misionero en África. Primero estuvo en Etiopía y, desde 2020, está en una misión en Sudán del Sur, donde levanta una iglesia con ladrillos hechos a mano

Desde allí sigue levantando la voz sobre las miserables condiciones de vida de los picadores de caña

mo ocurrió en 6 de febrero de 2004, con la visita del embajador de los EEUU, Hans Hertel, el embajador de la Unión Europea, Miguel Amado y la embajadora de España, María Jesús Figa? ¿Quién se iba a imaginar que esas pobres gentes, que durante siglos habían vivido parapetadas en un mundo aparte de caña, lodo y terror, iban a poder testificar —sin miedo— ante tan ilustres visitantes? Imposible olvidar a esos más de 30 niños y niñas, de unos ocho años, que testificaron ante los embajadores y el enorme equipo técnico de oficiales que les acompañaban, cómo ellos sembraban la caña en tiempo muerto por apenas unas moneditas, carril tras carril y

surco tras surco, corriendo descalzos detrás de una carreta y un tractor. ¿Cuándo hubiese soñado nadie que un juez dominicano de la corte laboral de San Pedro de Macoris se atreviese a recibir (mucho menos a fallar judicialmente) el caso de un humilde picador de caña contra la todopoderosa e invisiblemente omnipresente familia Vicini?».

Nunca olvidará el misionero el llamado *juicio de los 500*, una demanda colectiva que hizo historia. Fue un hito que Hartley Sartorius aún vivió en RD. Era agosto de 2005 cuando el misionero y un grupo de colaboradores de la parroquia y CEDAIL organizaron una «oficina ambulante» con el fin de recabar las firmas de

500 trabajadores de los bateyes Vicini, y así presentar una demanda judicial contra la empresa, exigiendo un contrato de trabajo individual, un seguro médico y plan de pensiones para cada trabajador. Debido al tiempo transcurrido desde que la familia Vicini orquestara la expulsión del Padre Hartley de su parroquia de San José de Los Llanos y de la República Dominicana, muchas veces, a lo largo de los años, tanto la familia Vicini como otros consorcios azucareros, así como organismos internacionales y del gobierno, han alegado que el Padre Hartley desconoce la realidad que se vive a día de hoy en las plantaciones de caña de azúcar.

Esto «es falso» porque el Pa-

dre Hartley, nos cuenta el mismo, se ha mantenido en contacto con un sinnúmero de colaboradores y moradores de los cañaverales, tanto con los que pertenecían al término de su parroquia, como a otros ingenios azucareros del país. Junto a ellos, ahora, para silenciar dichas voces para siempre con la fuerza irrefutable de los hechos, desde diciembre 2022 hasta finales de enero de 2023, «un equipo de colaboradores ha, literalmente, peinado las plantaciones pertenecientes al ingenio Cristóbal Colón, así como los antiguos cañaverales y bateyes del antiguo CEA (Consejo Estatal del Azúcar); incluso los cañaverales propiedad de colonos particulares, que, como tanta caña del CEA, es





venta y molida en el ingenio Cristóbal Colón, perteneciente a la familia Vicini.

YA SE PAGA CON DINERO EN EFECTIVO A LOS PICADORES

El propio misionero hace recuento de las cosas que sí han cambiado: se paga al picador con dinero en efectivo; cada vez que cortan, al pesar la caña, les dan un recibo donde queda registrada la cantidad de caña cortada, los datos del picador y el precio. El sábado es el día de pago, y les pagan semanalmente; no se utilizan hombres armados para amenazar a los trabajadores que quieran libremente salir de la plantación o abandonar el trabajo; no se observa tráfico ma-

sivo de miles de trabajadores traídos al inicio de cada zafra desde la frontera por medio de los buscones de la empresa; no se golpea a los trabajadores con cables eléctricos o *planazos* de machete en las casetas del abono; ni se les confiscan sus documentos o bienes personales con el fin de impedir que los picadores abandonen las plantaciones, como era la práctica habitual; se aprecia la instalación de sanitarios nuevos para uso común, por grupos de casas; duchas para uso común por grupo de casas; hay aceras; hay bateyes totalmente desaparecidos (Cánepa, Sabana Tosa, Santa Lucía, Brujuela Norte, Brujuela Sur, Yabaco, Medina, Bayaguanita, Santa Alicia, entre otros). En el lugar donde estaban, ahora hay caña sembrada.

En el caso del desaparecido Batey Santa Lucía, aún se cosechan más de 15.000 tareas de caña; hay un vehículo, aunque destartado y en pésimas condiciones, para recoger a los niños y llevarlos a la escuela, y luego se los recoge para llevarlos nuevamente al batey; la escuela a la que van los niños de Batey San Felipe y Peguerito, es la escuela de Batey Laura (ahora mismo uno de los bateyes modelo o principales, junto a Contador y Cayacoa), los niños de San José van a Contador; hay trabajadores sociales que se ocupan principalmente de asistir a las personas mayores que ya no pueden trabajar y de que el batey este limpio; a los mayores que están liquidados y no pensionados (su mayoría no tiene pensión) se les da una bolsa o caja de comida mensual (arroz, habichuelas, pasta, sopita, aceite, a veces salami).

Las casas siguen siendo iguales, pero los barracones han desaparecido en su inmensa mayoría; los que siembran la caña son las mujeres y los hombres (dicen que a los niños no los quieren cerca); se han electrificado los bateyes de exhibición que están junto a la carretera: batey Cayacoa, batey Copeyito, batey Dos Hermanos, Batey San Ildefonso (*Ponso*), Las Mercedes. Existen en algunos bateyes clínicas para cuestiones muy básicas y un suministro muy limitado de medicinas. Se aprecia la reparación, ampliación y modernización de las escuelas ya existentes. Otras escuelas desaparecieron con la desaparición de los bateyes donde estaban ubicadas. El Ministerio de Educación muestra mayor interés en el nombramiento de más maestros. Facilita que el desayuno escolar llegue a todos los alumnos a tiempo y en cantidad suficiente.

No pagar con dinero fue una

práctica de siempre en la familia Vicini con sus trabajadores. Hace dos siglos imprimían su propia moneda interna que no servía para nada excepto dentro del cañaveral. Después, pagaban a los picadores con vales que sólo servían dentro de sus plantaciones. «Una familia ciertamente apegada a las tradiciones de sus mayores», dice con humor Hartley.

«No nos consta que la familia Vicini siga enterrando muertos de los cañaverales con nocturnidad en su cementerio clandestino escondido en sus cañaverales junto al batey Dos Hermanos, tal como sucedía en tiempos anteriores».

Sostiene también Christopher que al otro lado de *el tubo*... había un ingrediente que todo lo sostenía: el miedo. Así lo explica: «La industria desde siempre ha tenido un pegamento que la sostenía hasta el día de hoy. El ingrediente invisible que alimentaba esta maquinaria infernal. El miedo. El terror congénito que existía en las plantaciones. Terror que se extendía al resto del país. Desde que un niño nacía hasta la hora misma de su muerte en la plantación, comía y respiraba miedo. El miedo movía las bielas del ingenio y daba vida a esa industria mortal. Lo paradójico es que en esa cadena de mando que descendía hasta el escalón más bajo, que era el pobre picador y su familia, todo el mundo aplastaba al que estaba por debajo y todo el mundo tenía miedo, hasta llegar a la puerta del despacho de la familia Vicini».

EL AZÚCAR AMARGO Y LA SANGRE DE LOS BRACEROS

Aún resuenan en su cabeza las palabras de un cortador sin nombre que un día se le acercó en el cañaveral: «Diga allá, en España, que el azúcar aquí no es dulce sino amargo. Tampoco es blanco, porque tiene el color rojo de la sangre vertida por tantos braceros».

Es mucho aun lo que pervive de aquel mundo brutal. Muchas cosas quedan por cambiar. A raíz de la denuncia en EEUU del Padre Hartley en 2012, la familia Vicini «apretó la soga alrededor de sus plantaciones y colocó hombres armados y vigilancia extra en todas las entradas, sobre todo en la *puerta de tubo*, la puerta de *Ponso* y en la entrada de la curva de Valerio. Nadie puede entrar sin autorización; si el capricho de la empresa o de un simple guarda no autoriza la entrada, no se entra, sin más».

Esto no era así cuando español fue párroco en el lugar. Entonces se respetaba al me-



“SE SANTO”, LE DIJO MADRE TERESA

Tenía 18 años, en 1977, cuando conocí a la Madre Teresa de Calcuta. Estaba de voluntario en Londres, en una casa de las Misioneras de la Caridad. «Madre Teresa me escribió una tarjeta en la que me decía: ‘Ama a los pobres y se santo, se un santo sacerdote’». Su primer contacto con los pobres fue en el Bronx de Nueva York. Fue a petición de Madre Teresa.



Y UNA EXIGENCIA “A BONSUERO”

«Exigimos a Bonsucro, sello de comercio justo, la cancelación de la membresía y la acreditación del Consorcio Vicini entre sus afiliados». El sello de comercio justo, colocado a la vista a la entrada de algunas de las explotaciones de los hacendados dominicanos, les ayuda a lavar su cara en el concierto internacional.

nos un derecho fundamental de la constitución dominicana como es el derecho de libre tránsito. Hoy las plantaciones de la familia Vicini «son un *ghetto*, un campo de concentración, sólo les faltaría el cartelito de *arbeit macht frei* [el trabajo os hará libres]». Aún hoy, en todos los bateyes de su propiedad siguen sin tener acceso a la energía eléctrica. «Los ancianos no son sino la chatarra humana de la empresa. Y es una auténtica vergüenza que haya unos personajes que repartan unas pobres cajas de escasas viandas a gente que ha picado caña para alimentar la codicia insaciable de una familia durante toda su vida; y al llegar el final de la vida, con la salud destruida, repletos de en-

fermedades múltiples, tienen que depender de la miserable caridad de los mismos que toda la vida les han explotado». La población de los bateyes, parias entre los pobres, han sido abandonados también por la propia Iglesia, pues ni curas ni obispos pisan desde hace dos décadas esos miserables bateyes de los cortadores haitianos. Un anciano picador lo exponía así hace unas semanas: «Desde que el Padre se fue, parece que hasta Dios se ha olvidado de nosotros».

Las dos peticiones aún hoy de CHS: exigimos a BONSUERO la cancelación de la membresía y la acreditación del Consorcio Vicini entre sus afiliados, y solicitamos a *US Customs and Border Protection* (CBP) que prohíba, como ha hecho con la Central Romana Corporation, la importación de azúcar del Consorcio Vicini a los EEUU mientras dicha empresa no se avenga a cumplir con las leyes internacionales y en particular los requisitos estipulados en el capítulo dieciséis del Tratado CAFTA-DR de libre comercio.

Alberga el Instituto Clarkson-Montesinos la sospecha, por noticias que les llegan, de un pacto «entre la familia Fanjul y la familia Vicini para, en un claro ejemplo de asociación de malhechores, exportar a EEUU el azúcar que impunemente produce la Central Romana Corporation a través de la nueva cuota de exportación a ese mercado preferencial asignada a los Vicini», que es del 70,10%.

«Quizá la solución más contundente y eficaz sea», en palabras de dicho Instituto y el propio misionero español, «la desaparición de los bateyes de una vez y para siempre portarse de una realidad abominable que embrutece la vida de un ser humano desde que nace hasta que muere. Desaparezcan los bateyes, al menos los del interior de los cañaverales, de una vez y para siempre». Siguen siendo esos lugares hoy lugares donde los hombres viven como bestias...

Allí han encontrado el infierno generaciones y generaciones hasta hoy mismo. Hace recuento Christopher de aquella gente que nos alumbró con su voz en aquel *Un cura en el infierno* de hace ya 20 años: «Jonny Belizaire y su familia fueron expulsados de las plantaciones de la familia Vicini y de su vivienda en Batey Santa Lucía. ¡o mismo Yela Machaza, de Batey Cánepa (en cuyo barracón empieza el artículo), Narciso de Sabana Tosa, Luisa de Batey Brujuela Sur... Algonos murieron en la más absoluta miseria y olvido. A otros los recogí, ya ancianos y les llevé a vivir a un asilo que

fundé en San José de Los Llanos. Eran verdadera chatarra humana, el desguace de una industria despiadada...».

Y tres nombres más de ese Viernes Santo perpetuo que CHS vio con sus propios ojos. Gente que le habló.

Un cortador. Jean Claude, tras 6 o 7 años trabajando en las plantaciones. «Me dijo: Cuando vienen los jefes a caballo, y con escopetas, nos siguen tratando muy mal y amenazando. Pero desde que llegó usted, cuando los mayordomos y superintendentes nos vocean... antes siempre agachábamos la cabeza, ya no. Aprendimos que tenemos que tener la cabeza siempre bien alta y defender nuestros derechos...».

Dice el padre que aunque la vida «seguía igual que siempre, estaba cambiando la mente y el corazón de los que me escuchaban».

Una niña. Teresa: «Tu eres nuestro *pai*... No te vayas nunca, y si tienes que hacerlo no te olvides de nosotros».

Unaseñora, de nombre Luisa: «Siempre pensábamos que Dios no nos escuchaba cuando le rezábamos, pero un día viniste tú por ese carril de lodo... y nos dijiste que Dios estaba con nosotros. Mi duda, padre, es si cuando usted, después de decir misa, se va con la camioneta, ¿Dios se va o se queda con nosotros?«...

‘EL BAUTISTA’ CON UNA PALANGANA

Ya por último, Christopher *el bautista*: «Fui a bautizar a un batey lejano, Carbuca, que ni siquiera pertenecía a mi parroquia, y había una señora haitiana, Luisa, casada con un dominicano, que era catequista. Estaba lavando ropa en una palangana y le pregunté si me la prestaba después para bautizar a los niños. Uno de los que bauticé era su hijo, Ricardo Duarte. Años después ese mismo niño hizo la Comunión en mi parroquia. Estando yo ya de misionero en Etiopía, habían pasado como 15 años, recibí una llamada telefónica. ¿Es usted el padre Christopher? Pues aunque es imposible que se acuerde de mí, soy Ricardo Duarte, sacerdote de la diócesis de Macoris, y estoy ahora terminando mis estudios en la Universidad de Comillas en Madrid, para licenciarme en Teología Dogmática. Le contaré mi historia brevemente: soy el hijo de Luisa, ese niño al que usted vino a bautizar a un batey al que jamás había ido un sacerdote. Yo hoy soy sacerdote porque usted se aventuró por esos caminos de lodo y llegó hasta nuestro batey perdido para evangelizarme». Con una palangana y mucha mucha fe en su misión.